

LA ÚLTIMA

ENTREVISTA

PABLO SEBASTIÁ

► El escritor y periodista castellonense vuelve a estar en las librerías desde el pasado mes de noviembre con 'La tetera de Russell'.

► En la obra, Sebastíá retrata una España que, a diferencia de la actual, es líder en tecnología, presume de museos y en la que el turismo de sol y playa es un recuerdo del pasado. Además, sólo el fútbol femenino y el de categorías inferiores tiene interés

► Con influencia de autores como Philip K. Dick o Arthur C. Clarke, Sebastíá la define como un 'thriller' de ciencia ficción.

«ME INSPIRA TODO LO QUE VEO, ESCUCHO Y SIENTO»

«ESTOY TRABAJANDO EN UNA NOVELA HISTÓRICA»

«TRIUNFA ENTRE EL PÚBLICO QUE DISFRUTA YENDO MÁS ALLÁ»



EL MUNDO

«PODRÍA PASAR HORAS HABLANDO CON LOS LECTORES»

NACHO SANAHUJA CASTELLÓN

Pregunta.— ¿Qué balance hace de estos primeros meses desde que la novela llegó a las librerías?

Respuesta.— *La tetera de Russell* salió a la venta en noviembre de 2020 y por lo que sé las ventas están funcionando muy bien. Los medios especializados se han hecho eco del lanzamiento y las críticas están siendo buenas. ¿Qué más se puede pedir? La verdad es que me siento afortunado por publicar con Reino de Cordelia, una editorial que cuida al detalle la edición de cada libro.

P.— ¿Dónde cree que radica el éxito de la misma?

R.— La novela tiene varios puntos fuertes, en mi humilde opinión, claro. El primero es la caricaturización de la España que está por venir y que es, en realidad, una desgarradora crítica de la España actual. No hay nada como la fina ironía para poner sobre el tapete un idea en apariencia inocente que en realidad es una bomba. Por otro lado, la segunda la componen las referencias filosóficas y/o espirituales más profundas. Veo que han calado entre el público que disfruta yendo más allá, el que busca algo más en los textos que lee. El que no se conforma con el mero entretenimiento.

P.— Algunos ven influencias de autores tan potentes como Philip K. Dick o Arthur C. Clarke.

R.— Puede que la novela beba de esos autores. No lo discutimos. El primero en afirmar eso fue mi editor. Pero también bebe de los hermanos Strugatsky y de Stanislaw Lem o Bernard Beckett. Incluso de la maravillosa locura de Douglas Adams. En *La tetera*

de Russell he tratado de volcar todas las ideas, algunas maravillosas y otras horribles, que esos autores sembraron en mi cabeza hace tiempo y que han acabado convirtiéndose en seres con vida propia. Ideas con alma que luchan, e incluso a veces se pelean, por salir de mi cabeza y verse plasmadas en negro sobre blanco.

P.— ¿Qué piensa?

R.— Cuando salió al mercado *La sonrisa de las iguanas* hubo quien afirmó poco menos que la publicación de esa novela me convertía en el alumno más aventajado de Tom Sharpe. Y eso me llenó de orgullo. Y también me produjo vértigo. Mucho vértigo. Que ahora se compare *La tetera de Russell* con la prosa de estos grandes monstruos de la ciencia ficción hace crecer en mi interior esas sensaciones. Me siento abrumado. Embriagado, tal vez. Insisto, siento vértigo.

Blogs como *Libros y literatura*, *Anika entre libros*, *El jardín del sur*, *Salamandra negra*, *30 de diferencia*, *La isla de la mil palabras*, *El blog de Juan Carlos*, *Serendipia* y algunos más que ahora mismo no puedo recordar han contado maravillas de la novela. ¿Cómo no voy a sentirme abrumado?

P.— ¿Qué le inspira?

R.— Me inspira todo lo que veo, escucho y siento. Todo lo que leo. Todo lo que veo en televisión, en Internet, en el cine y en la vida real. Todo lo que me cuentan. Todo lo que experimento. Todo. Por supuesto me inspira también la actualidad. Y me sirven de inspiración las novelas que he leído y me han gusta-

do. Incluso, si lo pienso bien, también lo hacen las que no me han gustado.

P.— ¿Le influyen mucho los comentarios o permanece ajeno a los mismos?

R.— Disfruto enormemente cuando los lectores me contactan para decirme qué piensan y sienten al acabar de leer una de mis novelas. Me podría pasar horas hablando con ellos.

P.— ¿Cree que es posible ver una España como la que describe en el libro?

R.— No. No lo creo. Soy muy pesimista a ese respecto. En Occidente estamos en guerra contra la estupidez. Contra la polarización irreflexiva. Contra la idio-tez. Contra la miseria moral. Contra las opiniones simples e insustanciales. Contra el paroxismo más irritante. Contra la efervescencia de la sinrazón. Y vamos perdiendo.



EL MUNDO

P.— ¿En qué está trabajando ahora?

R.— En varios proyectos. Una novela histórica a cuatro manos, la reescritura de una antigua novela y el comienzo de otra.

P.— ¿La pandemia podría tener una buena historia?

R.— ¡Claro! ¿Por qué no?



LÍNEA DISCONTINUA

SILVIA TENA

El mundo se acaba por capítulos

Hubo un tiempo en que el hombre soñó una utopía: la de la modernidad. Un mito colectivo según el cual una invención técnica era capaz de producir progreso y felicidad en las sociedades de masas (así lo creyó, por ejemplo, el socialismo constructivista ruso). Pero, ¿qué nos ha pasado para que, hoy, este tipo de utopías colectivas nos parezcan totalitarismos? Pues que, tras la Guerra Fría, se nos viene inculcando una rígida separación entre totalitarismo colectivo y democracia.

La desintegración de los socialismos, las exigencias neoliberales y, últimamente, la conciencia ecológica han provocado el ocaso definitivo del sueño colectivo y, con él, toda promesa de futuro. ¿Consecuencia? una profunda ansiedad respecto del futuro. Una ansiedad que es producto de una serie de políticas que buscaron generar la sensación de que no existe alternativa al sistema actual: el 'There Is No Alternative' (TINA) del thatcherismo. A ver si les suena: si te dicen que hay despidos masivos, te dirán que al menos no vives en el tercer mundo, si te quejas del deterioro de la democracia, te dirán que al menos no es una dictadura.

Hipotecamos nuestro concepto de futuro con una fábula tranquilizadora: la de que la libertad y el realismo histórico han derrotado, para suerte nuestra, a la utopía del sueño colectivo. Fredric Jameson ya advirtió que no había tarea más urgente que analizar y diagnosticar infatigablemente el miedo y la ansiedad ante la aniquilación del futuro y la muerte de la utopía. Y si no, fíjense en el auge de las distopías y las visiones post-apocalípticas en literatura, cine, series y cómics. Ellas son el reflejo de nuestras ansiedades más profundas. Sin distopías matamos el futuro. Y sin él, este mundo se nos acabará por capítulos.

Las utopías sirven para fijar el horizonte hacia el que dirigirse, pero sobre todo para generar las emociones que hacen que la gente se implique en cambios sociales importantes. Todo cambio radical en las sociedades exige, sobre todo, emoción y las utopías dan eso. El sufragismo y la lucha por los derechos de la mujer hubieran sido una quimera sin una utopía previa que las anticipó (toda la literatura anglosajona decimonónica escrita por mujeres).

Sin la utopía estamos abocados a lo que Berardi y Fisher llamaron «lenta cancelación del futuro», un futuro ciego, donde la individualidad hedonista hace del presente el único destino «posible». Recuérdenlo: sin acceso al futuro, estamos a un paso de caer en ese «mundo muerto» que tan bien retrató Juan Rulfo.